

Aquino es quien mejor integra en su doctrina del bien los elementos esenciales y necesarios para una teoría ética humana. En concreto, inserta la trascendencia participativa y normatividad agustinianas en las ideas aristotélicas de bien honesto (a diferencia del bien útil y del bien placentero) y de la virtud. De este modo, se unen el cumplimiento amoroso de la Voluntad de Dios con el perfeccionamiento real del ser humano, lo cual sólo es posible sobre el fundamento de una filosofía del ser y de la doctrina de la Creación. En cambio, ni el formalismo kantiano ni el emocionalismo scheleriano alcanzan a ver y explicar, según él, la realidad tanto del acto voluntario como del perfeccionamiento ontológico del sujeto. Por eso, concluye el autor: «Como consecuencia de estas reflexiones finales debemos concluir que, cuando la ética es arrancada de los principios objetivistas y realistas de la filosofía del bien y es trasplantada al campo de la filosofía de la consciencia, necesariamente cambian sus características de manera notable y puede llegar a perder lo que es esencial en ella» (p. 312).

El tercer curso viene exigido porque la ética estaría incompleta si sólo señalara el fin y bien del hombre. Así, es preciso tener en cuenta los motivos para obrar bien, en su globalidad y en su concreción, y aparecen entonces los temas de la felicidad y del deber y la ley. El autor se inscribe en la tradición aristotélico-tomista, es decir, en un eudemonismo que alcanza el bien real y a la

vez trascendente. Comienza describiendo esa posición siguiendo a Platón, Aristóteles y santo Tomás de Aquino. A continuación expone las doctrinas de autores que se oponen o son insuficientes –por razones respectivamente muy diversas– respecto a aquel planteamiento: D. Hume, J. Bentham, E. Kant y M. Scheler. Básicamente, se trata de analizar el empirismo y el utilitarismo, y los intentos kantiano y scheleriano de superar esas visiones reductivas, que se revelan sin embargo insuficientes al no lograr conectar el bien, la norma y la felicidad.

En definitiva, tenemos a disposición un texto coherente y muy instructivo para introducirse derechamente en las cuestiones clave de la ética. Su estilo de clases orales, resumido y poco erudito, tiene la ventaja de su accesibilidad al gran público culto; aunque precisamente por ello, acaso al lector estudioso le resulte en ocasiones insuficiente el nivel de análisis desarrollado. El autor, consciente de ello, advierte por ejemplo al final del segundo curso: «Pero, como es evidente, esta conclusión necesita una justificación aún más detallada» (p. 312). Valga dicho aviso para animar a profundizar en los autores estudiados y a proseguir con el estudio de la valiosa filosofía moral de Wojtyła, tan enraizada en la tradición aristotélica como en diálogo con las principales corrientes de la ética.

Sergio SÁNCHEZ-MIGALLÓN

Alfonso LÓPEZ QUINTÁS, *La ética o es transfiguración o no es nada*, Madrid: BAC, 2014, 871 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-220-1745-5.

Alfonso López Quintás es uno de los principales representantes en España del personalismo dialógico, y un gran difusor del pensamiento de Guardini, de quien fue

discípulo en Alemania. López Quintás ha desplegado en sus libros una perspectiva original sobre la experiencia humana y la creatividad que ha permitido obtener una

nueva y fecunda hermenéutica del actuar humano en sus diversas facetas. Nuestro autor aspira a que el ser humano se abra a las inmensas posibilidades de desarrollo personal escapando del relativismo y del reduccionismo al descubrir los diversos niveles de realidad. La filosofía de López Quintás asume como reto hacer frente al horizonte fragmentado de la posmodernidad. De ahí que su magisterio intelectual siempre se haya guiado por el ideal del encuentro y la unidad, para lo que ha elaborado una peculiar metodología, que partiendo de los mejores logros de la filosofía contemporánea, permite establecer un penetrante análisis de las experiencias personales y superar la *fragmentación* que se ha efectuado entre las diversas experiencias humanas, sobre todo en los campos de la ética, la estética, la metafísica y la religión.

Ser creativo, advierte Quintás, consiste, en primer lugar, en una peculiar actitud, un tipo de conocimiento que lleva a distinguir entre dos tipos de realidades: objetos y ámbitos. Es lo que denomina niveles 1 y 2. Los objetos son cosas que podemos controlar y medir. Los ámbitos, en cambio, superan lo cuantificable. Un piano, un cuadro, una partitura musical, un libro o un valor ético pueden ser vistos como un mueble, un trozo de tela, un mero papel o una norma que se me impone o, por el contrario, como la plasmación de un ámbito de belleza y de bondad: una obra de arte o una acción virtuosa y justa. Junto a este descubrimiento, el desarrollo humano sigue un proceso que incluye otros hallazgos como las experiencias reversibles, el encuentro, los valores y las virtudes, el ideal de la vida, la libertad interior o libertad creativa, el pensamiento relacional, etc.

La creatividad es la fuente y el resultado de las experiencias reversibles, aquellas que apelan o comprometen al sujeto. Son experiencias que no acontecen entre objetos *–realidades cerradas–* sino sobre todo entre *realidades abiertas* o ámbitos de realidad.

Una de ellas es la experiencia estética. Por su propia estructura (similar a la del juego), no sólo por los contenidos que expresa, el arte alberga un gran poder formativo, más allá del placer estético, que influye indudablemente en el desarrollo personal.

«Debemos comenzar por una experiencia básica: *la necesidad de crecer*. Crecer es ley de vida. Para crecer no me basta ejercitar mis potencias: moverme libremente, andar, hablar, manejar objetos... Necesito recibir posibilidades del entorno –al que me hallo vinculado de raíz– a fin de *actuar con eficacia y con sentido*. El sentido lo adquiero *jugando*. Jugar –entendido en sentido filosófico preciso– significa recibir posibilidades para crear con ellas algo nuevo valioso: *jugadas*, en los juegos de mesa y en el deporte –cuya meta es dominar el campo adversario–; *formas* en el arte, para “engendrar obras en la belleza” (como indicaba Platón); *escenas*, en el teatro, destinadas a mostrar la “intrahistoria” de unos personajes» (pp. 11-12).

En el libro que comentamos, López Quintás quiere proseguir lo expuesto en otros escritos suyos sobre la necesidad de pensar con rigor y vivir de forma creativa, y en la línea de su método de «enseñar descubriendo». Para ello ahonda y sistematiza la lógica de los niveles 1 (objetos, utensilios y las experiencias lineales, no creativas), 2 (ámbitos o realidades abiertas y experiencias creativas que culminan en el encuentro), 3 (grandes valores: unidad, bondad, verdad, justicia, belleza que apelan a la persona) y 4 (Dios y la experiencia religiosa como fundamento de los grandes valores), con el fin de que sea útil para todo lo que signifique vida espiritual, desde la ética, la estética y la vida espiritual en sentido estricto –ascética y mística–.

Del mismo modo que hay unas experiencias creativas o de éxtasis que suponen un ascenso o transfiguración de lo real y de la propia persona (niveles 1, 2, 3 y 4), López Quintás también analiza con detalle

las experiencias destructivas o de vértigo que configuran un descenso del hombre y una manipulación de lo real (niveles -1, -2, -3 y -4).

Todas las páginas de *La ética o es transfiguración o no es nada* expresan la seguridad de que el valor existe (Nivel 3) y de que el

conocimiento del bien y la verdad está en el origen de la máxima felicidad. Esta seguridad es el fruto maduro de un largo proceso de búsqueda filosófica, estética y pedagógica a la vez.

Juan José MUÑOZ GARCÍA

Robert SPAEMANN, *Sobre Dios y el mundo. Una autobiografía dialogada* (traducción: José María Barrio Maestre y Ricardo Barrio Moreno), Madrid: Palabra, 2014, 400 pp., 13 x 21, ISBN 978-84-9061-034-3.

En estas páginas, Robert Spaemann ofrece un recorrido por la historia de los dos últimos tercios del s. XX y una formulación sintética de su pensamiento en relación con las experiencias y los contextos en los que surgió y que sirvieron para su desarrollo. No se trata ni de una biografía escrita a partir de fuentes diversas, ni una autobiografía en el sentido usual de la palabra. Spaemann va contestando preguntas que pretenden aclarar, hasta donde sea posible, los caminos del pensamiento que ha recorrido a lo largo de su prolongada vida filosófica.

Ciertamente comparecen los detalles biográficos, como la prematura muerte de su madre, la separación de su padre que se preparaba en el seminario para ser sacerdote, su posterior convivencia con él ya durante la segunda guerra mundial, etc. También aparecen los recovecos de la historia intelectual, cultural y política de Europa y la participación en ellos del autor. A eso hay que añadir las valoraciones del funcionamiento de las instituciones educativas alemanas, sobre todo a nivel universitario, así como las experiencias de un católico que se dedica profesionalmente a la filosofía y la crisis del pensamiento cristiano que se desarrolla en el último tercio del siglo y que continúa, en gran medida, delimitando las características más sobresalientes de nuestro presente.

Como es imposible hacer un balance suficientemente cuidadoso de todos los temas que aparecen en estas páginas, he seleccionado sólo algunos aspectos, a mi entender suficientemente significativos, como objeto de este comentario.

En primer lugar, conviene señalar la íntima y constante conexión entre la filosofía y la vida del autor. Las experiencias vitales son pensadas a fondo y los más profundos pensamientos se muestran como expresiones de experiencia vividas. En este punto, destaca el aprecio por la *intentio recta* en el conocimiento y en la filosofía. Pero también la importancia que para un cristiano tiene pensar en Dios y la relevancia filosófica de esta reflexión. A este respecto Spaemann afirma que «el argumento contra la fe cristiana siempre me parecía débil. Pero a su vez me parecía un punto de vista cargado de gran trascendencia la propia decisión de renunciar a los argumentos, considerar obsoleta cualquier justificación argumental» (pp. 67-68).

Resulta curiosa la referencia a la utilidad de la capacidad de argumentar en la propia vida familiar: el filósofo también aprende de los suyos: «Mi esposa me echaba en cara a veces una deformación profesional: “tú crees en la fuerza de los argumentos, pero a la mayoría de la gente no le importan mucho los argumentos, y, si alguno amenaza